PROCLAMACION*

19 Brumario, 11 p.m.

A mi regreso a París me encontré con que la división reina entre todas las autoridades y con que nadie está de acuerdo más que en esta verdad: que la constitución ha quedado medio destruida y que ya no puede salvaguardar a la libertad. A mí han acudido todos los partidos y me han confiado sus designios, revelando sus secretos y pedido mi apoyo; me he negado a ser hombre de un partido. El Consejo de los Ancianos me ha llamado; he respondido a su llamado. Los hombres en quienes la nación está acostumbrada a ver a los defensores de la libertad, de la igualdad, de la propiedad, habían concertado un plan de restauración general; este plan exigía un detenido examen, libre, exento de cualquier influencia y de cualquier temor. En consecuencia, el Consejo de los Ancianos ha decidido trasladar el cuerpo legislativo a Saint Cloud; me ha encargado disponer de la fuerza necesaria para su independencia. Me pareció que aceptar la orden sería cumplir un deber para mis conciudadanos, para los soldados que mueren en nuestros ejércitos, para con la gloria nacional, ganada con el precio de la sangre. Los consejos se reúnen en Saint Cloud; las tropas republicanas garantizan su seguridad desde fuera. Pero adentro hay asesinos que imponen el terror; muchos diputados del Consejo de los Quinientos, armados de estiletes y armas de fuego, lanzan en torno suyo amenazas de muerte. Los planes que debían ejecutarse han sido cercenados, la mayoría desorganizada, los oradores más intrépidos desconcertados y la inutilidad de cualquier proposición es evidente. Llevé mi indignación y mi dolor al Consejo de los Ancianos; le pedí que aseguraran la ejecución de sus designios generales; les expuse cuáles eran los males de la patria que llevaron a pensar en los dichos proyectos; el Consejo se unió a mí por nuevos testimonios de su voluntad constante.

Yo me presenté ante el Consejo de los Quinientos solo, sin armas, con la cabeza descubierta y tal como los ancianos me recibieron y aplaudieron; iba a recordar a la mayoría sus voluntades y a garantizarles su poder. Los puñales que amenazaban a los diputados se levantaron también contra su libertador; veinte asesinos se precipitaron contra mí y buscaron mi pecho; los granaderos del cuerpo legislativo que yo había dejado en la puerta de la sala corrieron a interponerse entre los asesinos y yo. Uno de esos valientes granaderos (Thomé) fue alcanzado de una puñalada que le rompió el uniforme. Me sacaron de allí. En ese mismo momento se oyeron los gritos de ¡bandido! contra el defensor de la ley. Era el grito feroz de los asesinos contra la fuerza que iba a reprimirlos. Se agruparon en torno al presidente con la amenaza en la boca y las armas en la mano y le ordenaron declararme fuera de la ley, se me advirtió; ordené que lo libraran del furor de aquéllos, y seis granaderos del cuerpo legislativo lo rescataron. Inmediatamente los granaderos del cuerpo legislativo entraron en la sala en son de carga e hicieron evacuarla. Los facciosos, intimidados, se dispersaron y se alejaron; los más, libres de sus coacciones volvieron a entrar voluntaria y apaciblemente en la sala de las sesiones, escucharon las proposiciones que hubo que hacerles por el bien público, deliberaron y prepararon la revolución saludable que ha de convertirse en ley nueva y provisional de la república. Franceses, reconoceréis sin duda en esta conducta el celo de un soldado de la libertad, de un ciudadano entregado a la república. Las ideas conservadoras, tutelares, liberales han vuelto a posesionarse de sus derechos con la dispersión de los facciosos que oprimían a los consejos y que, por haberse convertido en los hombres más odiosos, no han dejado de ser los más miserables.

---

* La presente selección se ha tomado de An Introduction to Contemporary Civilization in the West. D.R. Copyright 1946 (c) 1954 by Columbia University Press, N.Y. Pp. 52-53.